

Prosiguen su camino como antes,
Dejando mal afortunados puertos;
Son guías las agujas mareantes,
Pero también llevaban desconciertos:
Que los pilotos diestros y bastantes
En tierra no debían ser espertos,
Pues tenían mas breve la carrera
Si la derrota bien guiada fuera.

Porque cortando con mediano tino
Aquella travesía destes llanos,
En menos de dos días de camino
Dieran en poblaciones de cristianos;
Y así por no saber y mucho vino
Perecieron allí muchos cristianos,
Pues mal podía dallas buen seguro
Con inmenso calor el vino puro.

El uno daba fin á su carrera,
Otro vian caer á poco trecho,
Quien puede socorrer menos espera
Por no mirar á mas de su provecho;
Y el que quedaba tal que no muriera,
Los indios que venían en acecho
Lo hallaban dormido de tal suerte,
Que le daban el sueño de la muerte.

El noble se media y moderaba
En el vino por orden atentado,
Y se compadecía y esforzaba
En riesgo y en trabajo tan pesado;
Pero fray Melchior ya desmayaba,
Por ser un caballero delicado,
El cual con lacrimosas turbaciones
Al obispo habló tales razones:

«Señor y padre mío, yo me quedo
Do mi fortuna triste determina,
Pues aprovecha poco buen denuedo
Donde tan gran flaqueza predomina;
No falta voluntad, pero no puedo
Llegar donde sus vuelos encamina,
Porque los miembros del vital meneo
Me niegan lo que pide mi deseo.»

«Acabando me va la sed ardiente,
Ya descompuesta toda coyuntura;
La luz diurna mas resplandeciente
Noche se representa muy oscura;
Mi cuerpo miserable finalmente
Se queda, sin gozar de sepultura,
A ser escarnio destas gentes fieras,
O cebo de las aves carniceras.»

A nuestro buen obispo fué molesta
La determinación del compañero,
Mas con animosísima respuesta
El paso torpe hizo mas ligero,
Diciendo: «Tal baja como esta
No debía caber en caballero:
Que el ánimo del noble se conoce
Cuando le da fortuna mayor coce.»

«Vuestra fatiga tengo conocida,
Pena, debilidad y sed terrible;
Mas no teneis el alma despedida,
Y el remedio no es inaccesible;
Y para conservar la cara vida
Mas habeis de hacer de lo posible:
Procurad que la muerte se detenga,
Y no la llameis vos antes que venga.»

«Hágase la posible diligencia
En buscar un camino que se siga,
Que yo confío en Dios y en su clemencia
Que presto terná fin esta fatiga;
Vamos con vigilancia y advertencia,
Porque de gente amiga ó enemiga
No puede ya faltar tierra hollada,
Y rastros que nos den algun aguada.»

«Y si nos viéremos en tales puntos
Que el ánimo del cuerpo mortal vuele,
E ya fueren los miembros tan difuntos
Que muerte los ocupe como suele,
Ambos á dos nos quedaremos juntos
Para que uno con otro se consuele,
Y acabaremos peregrinaciones
Con santas y devotas oraciones.»

Con tal exhortación, el reverendo
Parece que cobró mejor semblante,
E ya con trompezones, ya cayendo,
Procuró de pasar mas adelante.
Por undécimo día va corriendo
Sin agua ver el triste caminante,
Y primero que viesen este día
Faltaron veinte desta compañía.

Yendo pues el cansado peregrino
Haciendo con los pies flacas mudanzas,
Y los demás guiados por el tino
Que prometen inciertas esperanzas,
Vinieron á topar con un camino
Que luego les mostró ciertas labranzas;
Con maíz y con indico sustento,
Causa de crecidísimo contento.

Con un nuevo hervor incontinente,
Viendo la poca tierra cultivada,
Por una y otra parte fué la gente
En demanda del agua deseada;
Cercana se halló pequeña fuente
Que rodeó la gente fatigada,
Con tanta grita, priesa y alboroto,
Que no fué de locura muy remoto.

Uno quiere matar á quien le toca;
Otro por apartallo se le pega;
Uno mete los pies, otro la boca;
Este pudo llegar, aquel no llega;
Calla quien bebe, y otro lo provoca
A rencilla, rencor y pasión ciega;
Al fin de tantos el jaquey fué lleno,
Que presto lo hicieron como ceno.

Nunca plaza se vió tan alterada,
Al tiempo que reparten la comida
En alguna ciudad necesitada,
Que es de partes estrañas proveida,
Y suele bofetón, coce y puñada
Andar también á vueltas repartida,
Cuanto fué la portía y la batalla
Sobre el jaquey pequeño que se halla.

Pero dados ya fines al ruido,
Del primero jaquey poco distante
Otro se descubrió mas estendido,
De claras aguas lleno y abundante,
Adonde cada cual fué proveido
Para poder pasar mas adelante:
Recreóse la flaca compañía,
Mas con algun desgusto todavía.

Porque de dos cocinas atrevidos,
Cada cual dellos sagitario fiero,
Fueron en el jaquey acometidos,
Teniéndolos allí como en terrero:
Quedaron tres ó cuatro mal heridos,
Entrellos el ya dicho tesoroero;
Y queriendo los nuestros alcanzallos,
Huyeron mas veloces que caballos.

Causáranles mayores aflicciones
Naturales que son deste terreno,
Si por aquestos tiempos y sazones
No tuvieran un poco de mas freno,
A causa de cristianas poblaciones
Que ya predominaban este seño,
Cebados en la rica pesquería
De perlas que esta seca costa cria.

Apercebidos pues y dada cura
A los que lastimó dura saeta,
Vieron en estos llanos un altura,
Acia do caminaron vía reta;
Y es cerro que por ser de su hechura
Los españoles le llamamos teta:
Allí tentó subir la compañía
Para mirar la mar si parecía.

E uno que subió con mejor brio
A lo alto del cerro descubierta,
Del deseado mar y su desvío
Se pudo brevemente hacer cierto;
Pues vió desde las cumbres un navio
Venir por alta mar á tomar puerto;
Derramando la vista mas apostada
Vió gente de caballo por la costa.

La placentera voz del atalaya
Puso tales espuelas este día,
Que cada cual, sin ver por dónde vaya,
Vuela acia la parte que decía:
Salieron dos mancebos á la playa,
Do vieron gente del Andalucía,
A quien contaron lo que les pasaba,
Y de la gente que detrás quedaba.

De los nobles del Cabo de la Vela
Sabida la desgracia ya contada,
Cada cual con su gente se desvela
En ir á socorrer la fatigada,
Con aquel aparato que consuela
La que suele venir necesitada;
Pues llevaron á buenos y á los malos
Caballos y gran copia de regalos.

Destos generosísimos cristianos
Lleno de caridad salió primero
Aquel varon insigne, Castellanos,
Tesorero de virtud y tesoroero;
Ansimismo llevó llenas las manos
Aquel maravilloso marinero,
Bartolomé Carreño, cuya fama
Con gran loor por Indias se derrama.

Salió su hijo Francisco Carreño,
De su familia grande rodeado,
Varon cuyo valor no fué pequeño,
Antes en buenos hechos señalado,
Y que tambien gozó del dulce sueño
Y licor del hicipite collado,
Conociendo los flujos y reflujos
Y del cielo sus cándidos dibujos.

Salió también Alonso de Barrera,
Alonso Diaz y Pedro de Cales,
Diego de Almonte, Alonso de Herrera,
Diego Nuñez y Pedro de Rosales,
Con otros muchos que en aquella era
Se tenían por hombres principales:
Todos van con regalos escelentes
A socorrer las fatigadas gentes.

Guió con mas presteza su carrera
Un Rodrigo de Funes, negro horro,
Y hallólos á todos de manera
Que fué bien necesario su socorro,
Y no deste peligro tan afuera,
Que muchos no quedasen en el morro;
Pero pasados brevecillos puntos
Los unos y los otros fueron juntos.

El obispo fué dellos recibido
Con gran honor y justa reverencia;
El parabién le dan de bien venido,
Y el pésame del mal tan sin clemencia;
Cualquier de los demás fué socorrido
Y regalado con magnificencia;
Al pueblo los trajeron, y á posadas
De cosas necesarias preparadas.

Hicieron grandes fiestas al prelado,
Remediaron al pobre peregrino...
Mas porque yo me siento fatigado
De tan profijo y áspero camino,
Quiero volver las riendas al jurado,
Y á Limpías, capitán, que con él vino;
Y allí descansaremos, entre tanto
Que damos orden al futuro canto.

CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo el jurado Leiva y Pedro de Limpías prosiguieron adelante por las zavasas del Cabo de la Vela y Soturma, en busca de alguna gente para guías, y de lo que les sucedió con unos indios que encontraron.

La gran velocidad y la soltura
Desta gente bestial, incorregible,
A los que la verán en escritura
Yo no me espanto selles increíble;
Mas aquí se recita verdad pura
Y aquello que me consta ser posible;
Porque testigos son todos de vista
Los que dan relación desta conquista.

Es así pues que nuestra compañía,
Yendo por la zavana descubierta
Con deseo de ver alguna guía
Que les diese razón de cosa cierta,
Acaso vieron gente que venía,
Y con temor que no se les divierta,
Leiva y Pedro de Limpías se aparearon
En el instante que los devisaron.

Venían cuatro bárbaros lozanos
Con cuatro hembras por zavasas rasas,
Y como devisaron los cristianos,
Enviaron las indias á sus casas:
Toman flechas y arcos en las manos,
Y en furias encendidos como brasas
A los nuestros abrevian su corrida
Con intención de les quitar la vida.

Pensaban amarrallos con cabestros
Y llevarlos á todos enlazados,
Porque con los que fueron menos diestros
Estaban por allí mal enseñados:
Salieron al encuentro, de los nuestros
Pedro de Limpías y otros seis soldados,
Hablándoles de paz con una lengua
Que los indios juzgaron ser gran mengua.

Porque pospuestos los dudosos miedos,
Juzgando su valor por muy mas fuerte,
A voces y por señas con los dedos
Siempre les respondían desta suerte:
«Sentaos en el suelo, y estad quedos
Si no queréis morir de mala muerte:
Que no seremos con vosotros bravos,
Si fuerdes en servir buenos esclavos.»

Ya sus humores el sufrir enjuga
Viendo que los pretenden para siervos,
Y así cualquiera dellos apechuga
Por vellos tan insanos y protervos;
Mas era como ir una tortuga
En el alcance de lijeros ciervos;
Solo Limpías llevó pasos mas llenos
A causa de correr con los ajenos.

Espuelas apretó trás un mozueto
Y con el pecho pudo derriballo,
Y el cual se levantó luego del suelo,
Y cuando revolvió para tomallo
Se puso, no de salto mas de vuelo,
Encima de las ancas del caballo:
Por las arcas aprieta y lo lastima
Sin que lo pueda desechar de encima.

A derriballo mil veces amaga,
Por quedar vencedor en la contienda:
El Limpías no sabiendo qué se haga,
Ni cómo del muchacho se defienda,
El brazo revolvió con una daga,
Y dióle con la mano de la rienda:
El muchacho con tan atroce juego
En tierra traspasado cayó luego.

Estuvo nuestro Limpías muy á canto
De perder opinión en el viaje,
Y como nunca vieron otro tanto
Jamás en osadía de salvaje,
Quedaron todos ellos con espanto
De la velocidad y del coraje;
Y de los otros tres aun todavía
Cada cual á las armas revolvia.

Mas el Limpías, persona señalada,
Ya fuera de pacífico motivo,
Al uno derribó de una lanzada,
Y al otro del cabello trajo vivo;
El otro viendo burla tan pesada,
Huyendo se libró de ser captivo;
Y los nuestros, después guían la proa
Hacia la sierra de Coquibacoa.

Caminaron por campos descubiertos,
El indio que tomaron siendo guía,
Hasta que ya salieron á los puertos
Y bravas playas do la mar batía:
Halláronse rimeros de hombres muertos,
De mucho tiempo ya, según se vía,
Porque todos estaban consumidos,
Con no mas de los huesos y vestidos.

Al indio preguntaron, que quién era
La gente que hallaban en tal puerto:
El respondió ser gente marinera,
Que con tempestuoso desconcierto
La furia de la mar los echó fuera,
Y que de hambre y sed habían muerto:
Y que muchos también por estos llanos
Habían ellos muerto por sus manos.

Porque, yendo á buscar algún consuelo,
Si con algunos indios encontraban,
De miedo se sentaban en el suelo,
Y con halagos grandes les hablaban:
Los indios conociendo su recelo
Para hacello cierto los mataban;
Dijo: «barbudos eran y vestidos,
Mas no como vosotros atrevidos.»

Prosiguen sus caminos á la sierra,
Aquesta desventura percebida;
Hallaron sementeras en la tierra
Y en ellas mucha copia de comida:
Al encuentro salió gente de guerra,
De castellanos armas proveída,
Y toda la mas gente que venia
Era guañebucan y caquetia.

De la victoria ya tan confiada,
Segun las bravas muestras y semblante,
Que para cualquier dellos era nada
Fuerza del español que ve delante:
Piden los nuestros paz, no les agrada,
Porque el menor se juzga por gigante
Contra gente vestida, de quien piensa
Ser como los demás en su defensa.

En los naufragos míseros mostrados
Cada cual á los nuestros va derecho,
Tan atrevidos y desvergonzados
Como si todo lo tuvieran hecho;
Pero los españoles esforzados,
Movidos de grandísimo despecho,
Y de guerreras furias todos llenos,
A sus atrevimientos ponen frenos.

Aquí vereis un indio trasgado
Por pecho, por entrañas y ternillas;
Allí cabeza y brazo derribado;
Acullá jarretadas las rodillas;
Lleva gentiles brios el jurado;
Pedro Limpias hace maravillas:
Tanta priesa les dan en las contiendas
Que el pueblo les dejaron y haciendas.

Vencidas estas gentes inhumanas,
Y recogidos indios mas de ciento,
Y espadas, alabardas, partesanas,
Con otras cosas de mayor momento,
Volvieron por los campos y zavasanas
Cargados indios de mantenimiento;
Llegaron á su pueblo y á sus gentes
A tiempos y á sazones convinientes.

Después de mucho tiempo consumido
En ver y trastornar aquel terreno,
Micer Ambrosio supo ser venido
A gobernar un micer Joan el Bueno;
A Coro se volvió mal desabrido
Do lo halló de su salud ajeno;
Y por morir el Joan aquel invierno
Ambrosio se quedó con el gobierno.

Ansímismo murió Luis Sarmiento,
En todas buenas partes eminente,
Y en cama no con menos detrimento
El Ambrosio también cayó doliente,
Pero determinó mudar asiento,
Nombrando á Fedrimán por su teniente;
Y después de mandar lo que convino,
A la Española hizo su camino.

Con gana de se ver convaldecido
De su debilidad y enferma saña,
Teniendo desta isla conocido
A su salud no selle tan estraña,
Por haber allí siempre residido,
Factor seyendo de la gran compañía,
Y no le sucedió mal el aviso,
Pues luego tuvo la salud que quiso.

Estuvo ciertos días donde digo
A causa de le ser la tierra sana.
Cuando de Coro fué, llevó consigo
A un Bartolomé de Santillana,
A quién después yo tuve por amigo,
Persona de valor, sagaz y urbana:
Y á este, por ser hombre diligente,
Quiso nombrar Ambrosio por teniente.

Porque del Fedrimán, por ser brioso
Y ambicioso varon de su cosecha,
Estaba grandemente sospechoso:
Y cierto no fué vana la sospecha;
Pues de la cosa que él era dudoso
Bien podia tenella ya por hecha,
Con prometer cumplir su mandamiento,
Sin hacer de la costa mudamiento.

Mas, apenas Ambrosio mudó cama,
Cuando despidió él todo reposo,
Y con aquel ardor de ganar fama,
No receló quedar por mentiroso,
Creyendo de fortuna que lo llama
A hacer algún lance venturoso;
Y así mandó juntar alguna gente,
Y dicen que les dijo lo siguiente:

«Señores: la memoria nos ofrece
Un dicho de los sabios repetido,
Y á todo buen juicio le parece
Que no debe cubrirse con olvido,
Y es este: que ningún premio merece
El hombre que se está siempre dormido;
Pues el honor, valor, riqueza, ciencia,
Se ganan con la buena diligencia.»

«Nunca se dan á flojos los honores;
Abate los mas altos la torpeza;
Caminos son derechos los sudores
Para poder llegar á gran alteza,
Y salsas de ningunos sinsabores
Los trabajos, vigilias y aspereza;
Pues lo que se ganó con pesadumbre
Tiene después sabor y dulcedumbre.»

«Pudiera dar ejemplos de pasados
Que fueran á propósito traídos,
De pobres diligentes levantados,
De prósperos ociosos abatidos;
Taburlanes de gloria coronados;
Dionisios de corona despedidos;
Pero basta traer á consecuencia
Aquellos que se ve por experiencia.»

«El bien que la fortuna le ofrecía
Perdió Velazquez por su negligencia,
Y con Cortés usó de cortesía;
Aunque dijeron ser inobediencia;
Mas es gran vanidad y bobería
De gentes que no tienen advertencia,
Pues no fueron sus hechos soberanos
Ocasiones soltando de las manos.»

«Para poder hacer empresa bella
Ocasión de presente la tenemos,
Y no conviene desasirnos della
Recelando sucesos con extremos;
Pues en satisfacción de la querrela
Que podria tener el que tememos,
Yo me prefiero dalle tal disculpa
Que todos quedeis libres de mi culpa.»

«Cuanto mas que yo tengo por muy cierto
Que va de su salud mas apartado,
Y fué temeridad dejar el puerto
Donde pudiera ser mejor curado;
Y aun es esta la hora que está muerto
Segun lo vistes ir debilitado,
Pero de vuestro daño muerto ó vuelto,
Todos podeis dormir á sueño suelto.»

«Porque yo me daré tan buena maña,
No solo por razon, mas por derecho,
Que no solo mitigue cualquier saña,
Pero se sienta bien de nuestro hecho
Por los señores de la gran compañía,
De los cuales estoy yo satisfecho,
Que serán muy servidos y contentos
En no les dilatar descubrimientos.»

«Abreviémonos antes que se parta
Otro descubridor de menos sueño,
Pues Lerma sale ya de Santa Marta;
Por via de Cubagua va Sedeño;
Hieronimo de Orta da priesa barta
A venir con avío no pequeño:
E yo sé que terneis por cosa dura
Ser preferidos otros en ventura.»

«Inconvinientes pues asegurados,
Mi parecer sin otro repugnante
Es, que pues vamos bien aderezados
Procuremos pasar mas adelante:
Podra ser que nos llamen nuestros hados
A tierra rica, llena y abundante,
Y que solicitud buena nos eche
Donde tan gran miseria se deseche.»

«La gente principal desta frontera
Ya nos sustenta mal y con gran pena,
Y alguna por la dar á forastera
Se quedan hartas noches sin su cena:
Busquemos otra tierra mas entera
Donde podais comer á costa ajena,
Que ya la grande falta de comida
Pide con gran instancia la partida.»

«A Dios pongo, señores, por testigo
Ser para vuestro bien esto que quiero,
Y que llevais en mi fiel amigo,
Un llano capitán y compañero:
Por tanto conceded con lo que digo
Como de vuestro gran valor espero,
Y cada cual de mi se satisfaga
Que no le diré cosa que no haga.»

Dijo su voluntad, y á lo que creo
Ninguno la tenia discrepante,
Vencidos del grandísimo deseo
Que tenían de ir mas adelante;
Porque para hacer mayor empleo
Era su Fedrimán hombre bastante;
Y así de los soldados de mas cuenta
Se pudieron llegar ciento y cincuenta.

Esteban Martín, Limpias y Naveros,
Pedro de Aranguez, noble vizcaíno,
Alonso Zareo, Barrios, Hontiveros,
Y el valeroso mozo Juan Florino,
Que en buenos hechos fué de los primeros;
Con ellos fué también este camino
El padre fray Vicente Requejada,
Y él me dió relacion desta jornada.

Y el buen capitán Martín de Arteaga,
Que escrita me la dió mas largamente,
Y no sé con qué lengua satisfaga
Méritos de varon tan escelente;
Pues segun su valor la mayor paga
No es ni puede ser equivalente;
El cual aun vive hoy dentro de Coro
Mas lleno de virtudes que de oro.

Fué la demás esclarecida gente,
Soldados valerosos escogidos,
Cuyos nombres callamos de presente
Por no poder ser todos referidos:
Llevaron diez caballos solamente;
De lo demás van bien apercebidos,
Abrevian caballeros y peones
Por evitar algunos trompezones.

Caminaron al sur por barlovento
De Coro, do la gente se ballaba,
Porque por el cuartel de sotavento
El Maracaibo los desengañaba:
Siguiéron pues aquel descubrimiento
Que mas prosperidad representaba;
Atravesaron sierras en efeto
Y llegaron á Barraquicimeto.

Ameno valle ven y tierra llana,
Fértil y pobladísima ribera.
Asentó Fedrimán en la zavana
Que de su nombre dél es heredera.
Enferma lleva gente castellana
Que seguir no podia su bandera:
Dejólos con recado conviniente,
Y anduvo con el resto de la gente.

Mucha gente de indios se congrega,
De rigurosas armas proveída;
Nicolas Fedrimán con paz les ruega,
Loando su pacífica venida:
Al fin por la distancia desta vega
Fué de todos la paz bien recebida,
Y celebradas estas amistades
Socorrieron á sus necesidades.

Con todos se compone y averigua,
Descubre pueblos sin ponelle tasa,
Los indios alterados apacigua
Por hallar por allí blanda la masa;
Vido la poblacion de Hacarigua;
Aguas de Amadore rio pasa;
De paz la tierra toda va llamando,
Algunas piezas de oro rescatando.

Llegó después con breves escuadrones
Hasta Hitubana, provincia buena,
La cual de populosas poblaciones
Estaba por allí no menos llena:
En los vecinos hay alteraciones,
Y todos ellos recibieron pena
De ver que sus labranzas y riberas
Se hollasen de gentes estrangeras.

Amenazan con bélicos pertrechos,
Diciéndoles: «volved á esotra mano»,
Dándose de palmadas en los pechos,
Que son señales de furor insano;
Pero con pretension de sus provechos
Ruégales con la paz el Fedrimano:
Dicen no querer hombres en sus senos
Que no saben si son malos ó buenos.

Y del crecido número de gente
Y fieros escuadrones de desnudos,
Uno dellos hablaba solamente,
Que todos los demás estaban mudos;
Nicolao Fedrimán volvió la frente
No queriendo probar filos agudos,
Ni menos esperar golpe de flecha
A causa de la paz que deja hecha.

Que no por no tener finos aceros
Para les refrenar sus movimientos,
Pues eran él y aquestos compañeros
Enseñados en grandes rompimientos;
Mas porque el contador dicho Naveros
No dejó de hacer requerimientos,
Que no rompiese nuestra compañía
Si la de los contrarios no rompía.

Volvióse Fedrimán cuasi derecho
De do la gente llaca se quedaba;
Algunos indios iban en acecho
Con deseo de ver dónde paraba:
Imaginóse ser concierto hecho
Con otra gente que de paz estaba,
Porque cuando pasasen aquel rio
Por ambas partes diese gran gentío.

Mas el buen alemán, que sagaz era,
Como quien del asalto se recela,
Dió muestras de dormir en la ribera,
Asentó toldos, y sacó candela;
Mas el reposo fué de tal manera
Que ninguno dejó de estar en vela
Con intencion que el agua peligrosa
Pasasen con la noche tenebrosa.

Al tiempo pues que con nocturno velo
Pierden floridos campos sus colores,
Y no da resplandor el alto cielo,
Presentes oscurisimos vapores;
Cuando gozan amantes del consuelo
Que toman de sus tácticos amores,
Con miedo del ejército salvaje
Orden dió Fedrimán á su pasaje.

Tácitamente cada cual soldado
Del vestido comun se desabriga;
Y como no podian hallar vado
Que con seguridad un alma siga,
Unos en balsas van, otros á nado
Pasando con grandísima fatiga,
Y cuando luz de Febo reverbera
Hollaban ya sus piés otra ribera.

Luego con parecer de capaz vaso,
Peon y caballero bien armados
A gran priesa salieron á lo raso
Buscando los lugares escombrados,
Donde los temerosos deste caso
Se hallaron de indios rodeados
Por una y otra parte del ejido,
Pero sin alboroto ni ruido.

No levantan de arena tantos granos
Combates de terribles torbellinos,
Por playas secas ó hollados llanos
De grande cantidad de peregrinos,
Cuanto indios venian ya cercanos
Ocupando los pasos y caminos;
Y el indio que acullá habló por todos
Aquí quiso tener los mismos modos.

Con las flechas y arco muy á pique,
Se vino luego acia nuestra gente,
Diciéndoles: «Ya viene mi cacique
A daros un grandísimo presente,
Y de lo que mandó que os notifique
Podeis ver el efecto brevemente;
Dilatad algun tanto la partida
Porque mejor se guise la comida.»

Viendo los nuestros el intento loco,
Marcharon con el orden que convino.
El avanguardia guía poco á poco
Aquel Pedro de Aranguéz, vizcaino,
Sin dar mas ocasion de la que toco:
Ya cuando comenzaba su camino,
Con agudo harpon y paletilla
Le pasaron las armas y espaldilla.

Revuelve luego no con furia poca,
Y cuando sus venganzas apareja,
Otro le secundaron por la boea
Cuya punta salió por el oreja;
A muy mayor venganza se provoca
Cobrando furias de costumbre vieja,
Y para se hacer del daño pago
Arremetió, diciendo: ¡Santiago!

Llevando ya la lanza levantada,
A indio hablador vido delante,
Al cual atravesó de una lanzada,
Y rompe por la gente circunstante:
La batalla cruel es comenzada;
Mire por sí la parte litigante;
Para mas mal Aleto sale fuera
Sin quedar Thesifone ni Megera.

Estas tres furias encendieron luego
De furor infernal humanos pechos;
Aviva la pasión bélico fuego;
Vense patentes los sangrientos hechos;
Comiézase mortal desasosiego;
Hallábanse los pocos en estrechos,
Por ser tan limitada su defensa
Y la de los contrarios serinmensa.

Mas el buen Nicolao les decia:
«¡Ea, señores, que la gloria es nuestra,
Y este de que gozamos es el día
Para que deis á indios clara muestra
De la fuerza, vigor y valentía
De que Dios ha dotado vuestra diestra:
A ellos pues, y en el encuentro fiero
Cada cual mire por su compañero!»

Comienzan á romper por escuadrones
Con el veloz vigor de los caballos;
A las espuelas llevan los peones
Por ayudarse dellos y ayudallos;
Suenan alborotadas confusiones;
Esfuerzan los caciques sus vasallos;
Indios aquí y allí vereis caidos,
Muertos los unos y otros mal heridos.

Sus filos las espadas allí ceban;
Empléanse los hierros de las lanzas;
El Limpias, Arteaga y el Estéban
Confunden las indianas ordenanzas;
Fedrimán y el Aranguéz allí prueban
Sus fuerzas no ser vanas confianzas;
La grita, vocería y el estruendo,
Los vaporosos aires va rompiendo.

Cercénanse narices, muelas, dientes;
Derríbense penachos á montones;
Golpes de sangre salen de las frentes;
Córtanse las humanas proporciones;
Infinidad de flechas van pendientes
De las colchadas armas de algodones,
Que si nollegan á hacer heridas
Fueron de sus harpones detenidas.

Como toro que lidian los villanos,
Que ya del suelo, ya de talanquera,
Tantas garrochas salen de las manos
Que le cargan el cuerpo de madera,
Y ha menester tener los piés livianos
Quien pica siendo larga la carrera,
Pues ya por las espaldas le resuella,
Ya lo hierre, lo mata y atropella:

No menos á las partes sucedia
En aquestos recuentros porfiados,
Por ser gran cantidad de flecheria
La que cuelga de sayos estofados;
Mas el de cuatro piés que los seguia,
Bufaba por espaldas y por lados,
E ya los huella, ya los desbarata,
Ya los deja caidos, ya los mata.

Anda la furiosa diligencia,
El sol ardia, hierven movimientos,
Cobra mayores fuerzas la pendencia
Con indios que llegaban por momentos;
Hitivana perdía la paciencia,
Por no poder salir con sus intentos:
A voces reprehende sus alardes,
Llamándole de viles y cobardes.

Donde manifestaba sus enojos
Era parece ser cierto repecho:
Puso Estéban Martín en él los ojos,
Y allá con gran furor rompió derecho.
Ejecutó la lanza sus antojos
Hasta salir la punta por el pecho;
Y como las entrañas le rompiese,
Al alma dan lugar por do saliese.

Aquellos que procuran de vengallo
Quedaban hechos postas y tasajos;
Tiraban dél, mas no pueden sacallo
Por se lo defender crueles tajos;
Mataron á Naveros su caballo,
Aumento de sus penas y trabajos,
Pues aunque fué valiente y esforzado,
Era para peon muy delicado.

Al tiempo pues que Febo dividía
Con sus dorados carros la carrera,
Y en aquel hemisferio repartía
En dos partes el eje del esfera,
Y la mudable sombra se metía
Ya debajo de quien la causa era,
Otro principal indio hizo falla,
Y así dejaron todos la batalla.

Pues las bárbaras gentes despedidas,
Los nuestros de quietud necesitados,
Curaron al Aranguéz las heridas,
Y á los demás que estaban lastimados,
Algunos en gran riesgo de las vidas,
Aunque todos de muerte libertados;
Y el débil de flaqueza fuerza saca
Para ir á buscar su gente flaca.

Porque por los encuentros desentubidos
Cualquier varon de término discreto
Imaginara ser ya todos muertos
Por los indios de Barraquicimeto;
Y así, como varones bien espertos,
A buscarlos volvieron en efecto:
Quiso Dios que primero que llegasen
En medio del camino los topasen.

Porque para dejar aquella parte
No les faltó también discreto miedo,
Por ver andar los indios de mal arte
Y no podelles ver el rostro ledo:
Holgáronse de ver el flaco Marte,
Aunque cuasi los mas con buen denuedo;
Y juntos los cristianos escuadrones
Iban á las amigas poblaciones.

Pero poco después que se juntaron,
Yendo do piensan ser bien alojados,
En unos campos rasos encontraron
Cuatrocientos gandules bien armados:
El Limpias y el Estéban les hablaron
Como los vieron tan alborotados,
Diciendo: «Pues de paz es vuestra tierra,
¿Cómo nos recibis en son de guerra?»

«Pues mal no recibis de los cristianos,
E ya se celebraron amistades,
Apartemos las armas de las manos,
Huyamos de contrarias variedades:
Que no pide razon á pechos sanos
Pagalles con cautelas y maldades;
Y si haceis de flechas confianza,
No menos, si no mas, pica la lanza.»

Estuvieron suspensos por un rato,
Aunque las manos puestas en la flecha;
Y así viendo los nuestros el recato,
Certificáronse de la sospecha
De ser participantes en el trato,
Y no sin culpa de la maldad hecha;
Y por tener lugar y ocasion bella,
Determinaron de valerse della.

Arremetió la gente castellana,
Los indios desterraron sufrimiento;
Los unos y los otros tienen gana,
Y así se concertó su rompimiento:
Ríos de sangre van por la zavana,
Clamores rompen el ligero viento,
Inquietud llegó, huye reposo,
Recuento se revuelve sanguinoso.

Rómpanse los flecheros escuadrones
Con impetu feroz de los rocines;
Impiden ya su huella los montones
De los indios que fueron mas insines:
A los restantes hacen los peones
Que viesen luego miserables fines,
Pues el cacique solo quedó vivo,
El cual del Arteaga fué captivo.

Recogieron las joyas de caidos,
Levantó corazón el mas inerte;
Quedaron de los nuestros diez heridos,
Mas ninguna herida fué de muerte.
Fué freno para muchos atrevidos
El sucedelles bien aquella suerte,
Y así los vivos, vistos los efectos,
Pacíficos vinieron y quietos.

Después de los encuentros sucedidos,
A Hacarigua guian sus pisadas,
Adonde fueron todos recibidos
Como de gentes atemorizadas;
Y de aquella provincia despedidos,
Apaciguando gentes alteradas,
Procuran ya por paz, ó ya por guerra,
Descubrir mas secretos de la tierra.

No sin recelo de guerreras tramas
Dieron en unas grandes poblaciones,
Do no faltaron amorosas llamas,
Pues por ser de tan bellas proporciones.
Le llamaron el valle de las Damas,
Con las demás anejas condiciones
En usar de grandísima franqueza
De aquello que les dió naturaleza.

Dejadas estas gentes ya sujetas,
Yendo por un gran llano cierto día,
Oyeron tal ruido de cornetas,
Que pareció que el mundo se hundía:
No tuvieron sus ánimas quietas
Hasta bien percibir lo que sería,
Y vieron descender de unos recuestos
Innumerables bárbaros compuestos.

No multiplican áteas colmenas
Los enjambres de abejas tan poblados,
Ni revuelve la mar tantas arenas
Cuando sus vientos andan mas turbados,
Cuanto se ven aquí campanas llenas
De sagitarios fieros y esforzados,
Untados todos ellos con resina,
O mara que llamamos trementina.

Venian los caudillos de salvajes
Con diademas de oro coronados,
Encima superbísimos plumajes;
Los rostros de pinturas variados;
A las espaldas llenos los carcajes,
Los arcos en las manos preparados,
Con tan feroz y bravo continente,
Que hacian temblar al mas valiente.

Los nuestros dicen: «En lugar estamos
Do cumple que las manos apretemos.»
Pedro de Limpias dijo: «No temamos,
Ni tanta muchedumbre recelemos:
Holguemos y comamos y bebamos,
Que nosotros al fin los venceremos.»
Era montañésico mal limado,
Y esto decia él medio mascado,

Como quien no bebió licor de Apolo,
Sino lo que le dió crasa Mierva;
Separatísimo de todo dolo,
Pero de condicion algo proterva;
Mas en valientes hechos tal, que solo
Bastaba para toda la caterva:
Conoclo y tratélo largamente,
Y aun á su muerte me hallé presente.

Dando pues orden nuestra compañía
A lo que deste caso sucediese,
Al indio que llevaban para guía
Preguntaron las lenguas que dijese
De quién era la gente que venia,
Por qué fines ó causa se moviese:
Que declarase bien qué cosa era.
El indio respondió desta manera:

«Sin tormento de fuego ni de agua
No receleis que la verdad os niegue;
Mas no sabré decir qué mal se fragua
Hasta tanto que ya la gente llegue;
Pero conozco ser Catimayagua
Con otro principal dicho Categue,
Y son los otros dos que veis de cara
Geoagúa y Badurajara.

«Y no creo que vienen por venganzas
En venir unos de otros apartados:
Antes creo que vienen de labranzas,
Pesquerías ó cazas de venados;
Pero por sí ó por no, de vuestras lanzas
No vivais por ahora descuidados,
Porque si vienen ellos de mal arte,
Tengo yo de llevar la peor parte.»

Oido por los nuestros lo que toco,
Quel indio caquetío les decia,
Parecía ser consejo loco
Querer romper tan grande compañía;
Y así determinaron poco á poco
Irse quietos acia do venia,
Y los indios también sin sobresalto
Bajaron á los llanos de lo alto.

Después que ya llegaron á lo llano,
Bajando cada cual por su ladera,
Un tuerto gentil, hombre bien lozano,
A todos les tomó la delantera,
Y cerca del ejército cristiano
Con brio les habló desta manera:
«¿Quién sois, á qué venis, ó quién os manda?
¿Qué desigño tenéis, ó qué demanda?»

Estéban respondió: «Somos cristianos,
De religiones el mejor tesoro;
Venimos en demanda de los llanos,
Y por decir verdad buseamos oro;
Somos también carisimos hermanos
Del cacique Manaure, rey de Coro.»
El indio, viendo que en Manaure toca,
Dióse ciertas palmadas en la boca.

Y luego con el rostro mas sereno
Les dijo: «Si es de paz vuestra venida,
Por ser hermanos de señor tan bueno,
Tengo por bien dejaros con la vida;
Vamos, pues así es, á mi terreno,
Do todos hallareis buen acogida,
Y de cualquier asalto de enemigo
Seguros podeis ir, pues yo lo digo.

Aunque rieron que por tales vías
Fuesen del indio tuerto convidados,
Juntáronse con estas compañías
El dicho Fedrimán y sus soldados,
Y entre los indios fueron ocho días
Ellos y sus caballos regalados,
Y diéronles después matalotaje
Para que prosiguiesen su viaje.

Despedidos por términos urbanos,
Dieron, muy lejos ya desta frontera,
En un pueblo de chipas en los llanos,
Gente brava, feroz y carnícera.
Carne hallan asada los cristianos:
Comieron sin que sepan de quién era;
Mas ojos propios los hicieron ciertos,
Hallando piés y manos de hombres muertos.

Luego vereis estar imaginando:
Unos que ven y no quieren creello,
Otros en otra parte basqueando,
Otros para bosar mover el cuello,
Otros ó los mas dellos vomitando,
Otros meter los dedos para ello,
Otros quisieran con aquellas sañas
Abrirse con sus manos las entrañas.

Desabridos de gente tan malina
Que siempre de la paz anda huyendo,
El sabio Nicolao determina
Ir gentes mas humanas inquiriendo,
Y aun también de volver á la marina,
Valles y serranías descubriendo;
Y dieron luego por aquella vía
En un pueblo de gente caquetia.

Hallaron los vecinos ser absentes,
Alzado de las casas todo ato,
Porque por tener nuevas destas gentes
Vivían con grandísimo recato;
Mas á tractar de cosas indecentes
El cacique volvió desde á buen rato,
Y sobre cierta cosa que pedía,
Al Fedrimán habló con osadía.

El dicho Fedrimán lo halagaba
Por los mejores modos que podía;
El indio con furor se desmandaba
Con una mas que loca fantasía;
Fedrimán, viendo su protervia brava,
Dióle con una caña que tenía;
El aspero gandul echando fuego
Al bosque montuoso se fué luego.

El cual con furiosos movimientos,
Por encenderse mas en el coraje,
Ciertos polvos tomaba por momentos,
Y ansimismo bebió cierto brebaje;
Hizo luego de indios llamamientos,
Da flechas al ejército salvaje,
Que las lenguas (de bien hablar desnudas)
Se traspasaban con puntas agudas.

Con esta gente que del monte saca
Con un bravo furor diciendo viene:
«Hombres de mal vivir, gente bellaca,
Que de sudor ajeno se mantiene,
Dadme sin mas tardar una hamaca,
Que no sé qué soldado me la tiene:
Donde no, bien podeis tener por cierto
Que cada cual de vos ha de ser muerto.»

El Fedrimán mandó se la buscasen,
Y sin poner excusa se la diesen:
Buscan; y como no se la hallasen,
Y los intentos malos conociesen,
A las lenguas mandó que le rogasen
Que por tan poca cosa no riñesen,
Pues otra gente de mayor pujanza
Sabía domeñar su fuerte lanza.

El indio fiero dijo: «No me espanto
De dardos ni de lanzas de hinojos,
Pues otros mas valientes forman llanto
Cuando me ven encarnizar los ojos;
Y agora, pues estamos muy á canto,
Vereis si pueden algo mis enojos:
«¡Aquí, tigres, aquí, gente nosciva,
Haced de suerte que ninguno viva!»

No viene con tal fuerza torbellino,
Impelido de grandes ventisqueros,
Ni en Indias agnacero repentino
Barre con tanta furia los oteros,
Cuanto furor, braveza y desatino,
Mostraron estos bárbaros guerreros:
El impetu fué tal y tan horrendo,
Que los nuestros se iban retrayendo.

Cobran los bárbaros mayores bríos,
Teniendo ya por fácil acaballos;
Ampáranse los nuestros en buhios
Hasta poder subir en los caballos.
Decía Fedrimán: «¡Aquí los míos!»
El Uriorebui: «¡Aquí, vasallos!»
Mas los de cuatro piés ya salen fuera:
Ellos harán bien ancha la carrera.

Fedrimán, Limpias y Estéban Martínez
Y Martín de Arteaga con Berrio,
Por tales vías guían sus rocines,
Que ningún golpe daban en vacío;
Y tanta priesa dan los paladines,
Que la corriente sangre hace río:
Barrios, y Joan Florin y Alonso Zarco
Cortan aquí y allí macana y arco.

Mas aunque cantidad de indios mueran,
Y vean uno y otro ya difunto,
Los vivos todavía perseveran,
Sin que de su furor alfojen punto:
Uriorebui pica tan de veras
Que ningún español se llega junto,
Y Limpias, viendo sus encuentros fieros,
A él encaminó sus piés lijeros.

Bien pensó de camino derriballo;
Mas la tal esperanza salió vana,
Por le desbaratar lanza y caballo
Con dos terribles golpes de macana;
Fingió que le huía por ceballo,
Y el indio lo siguió de buena gana;
Cambió los hierros al arzon trasero,
Y acertóle por el degolladero.

Cayó, mas no cayeron los motivos
De los que procuraban su venganza;
Pero como quedaban pocos vivos,
Quedó superior cristiana lanza.
Quisieron mas morir que ser captivos
Los que no concluyó tan gran matanza;
Pues cuatro que escaparon destas suertes
En cierta parte se hicieron fuertes.

Fueron por todas partes rodeados
De los nuestros, al modo de corona:
Serían dos docenas de soldados
Y el mismo Fedrimán por su persona,
Donde fueran sus sesos derramados
A faltar el escudo de Belona;
Mas viendo de los suyos diez heridos,
Rompió por los indios atrevidos.

Entrando por guerreros embarazos,
Alzó la maza quien su mal recela;
Mas el buen Arteaga con sus brazos
Púsole por delante la rodela,
Que del golpe se hizo tres pedazos;
Y aunque del Fedrimán fué gran tutela,
Al Arteaga dió con tal denuedo,
Que le sacó la uña del un dedo.

Era la furia tan embravecida
Y el ánimo protervo desta gente,
Que ninguno se quiso dar á vida,
Aunque se lo rogaban blandamente;
Pero la vital trama fué rompida
Tomando los dos vivos solamente.
Fedrimán por huir otro reproche
Acordó de salir á media noche.

A tino caminaron sin señales,
En demanda de pueblos que decían;
Guiábanlos aquellos dos zagales,
Mas tan perversos eran los que guían
Que siempre los metían por breñales
Donde de sed y hambre perecían:
Trajéronlos así cinco jornadas,
Y al cabo los mataron á lanzadas.

Muertos los indios pues en la montaña,
Estéban procuró buscar camino,
Porque ninguno tuvo mejor maña,
Ni en adalid se vido tan buen tino:
El mas oculto rastro desentraña
Hasta dar con el bárbaro vecino,
Sin lo sentir la mas astuta vela,
Y oía de una legua la candela.

Yendo pues por el bosque fatigado,
Sin poder descubrir favor humano,
Pequeño ramo verde vió quebrado,
Que hizo su trabajo mas liviano:
Pues vido claramente ser tronchado,
No por irracional, sino por mano
De hombre que por esta selva iba
De los humanos tratos muy esquiva.

En aqueste compás hizo parada,
Luego con vigilancia dió rodeo,
Vido señal de pié mal señalada,
Mas tal que satisfizo su deseo;
Prosiguió por la vía comenzada
Para hacer mas cierto su rastreo,
Hasta que descubrió con ojos ledos
Impreso careñar y cinco dedos.

Prolijo rato va tras esta prenda,
O ya con la ganar, ya con perdella,
Pues para perfeccion de su hacienda
No le cumplía desasirse della:
Al fin le dió ventura cierta senda,
Do se mostraba mas patente huella;
Esperó la hambrienta compañía,
Que por señales suyas lo seguía.

Desque llegaron donde los espera,
Dadas á todos buenas esperanzas,
Tomó dellos la gente mas lijera,
Siguiendo de las trochas sus usanzas;
Y después de romper larga carrera,
Dieron en fertilísimas labranzas,
Sin grano seco, mas maiz en berza,
Do su contento tuvo mayor fuerza.

Camino se halló luego patente,
Por el cual sin ningunos alborotos
Caminaron á paso diligente,
Sin querer admitir contrarios votos;
Toparon poblacion de cierta gente,
De los que por allí llaman itotos,
Y cuando el sol cubría sus cabellos
Con voz de ¡Santiago! dan en ellos.

El pueblo se mostró de esfuerzo falto
Y turbado de grande desatino,
Por les acometer de sobresalto
Y por nunca jamás visto camino:
Al fin los mas huyeron á lo alto
Del monte que tenían por vecino;
Captivaron la gente detenida,
Y hallaron gran copia de comida.

Llegó la resta de la compañía,
De hartura y descanso bien angosta,
Velóse por el orden que solía,
Y aun otros muchos mas velan apostá;
Recogen alimento, y otro día
Tomaron el camino de la costa,
Pues para descubrir mas adelante
Juzgaban no tener gente bastante.

Y demás de la breve compañía
Amenazábalos también el agua
Y fuerza del invierno, que venía
Muy mas impetiosa que en Veragua:
Guiábalos ya gente caquetia
Del pueblo que se diz Sarasaragua;
En efecto con eantidad de oro
Salieron á la costa y á su Coro.

Por abril de quinientos y mas treinta
Con mil un año mas de los que sigo,
Llegó la dicha gente macilenta
Y el dicho Fedrimán adonde digo;
Donde micer Ambrosio representa
Ser digno Fedrimán de gran castigo,
El cual era venido sano y bueno,
Aunque desta pasión el pecho lleno.

Hizole luego cargo del esceso,
Y con prisiones estendió su saña;
Cerró para sentencia su proceso,
La cual fué de destierro para España;
Al fin él pareció preso y opreso
Ante los grandes de la gran compañía,
Donde le dejaremos por agora,
Pues para tratar del verná su hora.

Después de pronunciada la sentencia,
Ambrosio recogió toda la gente,
Del cual quiero también hacer ausencia,
Por me sentir cansado de presente
En recontaros tanta menudencia
Cuanta veis en el canto precedente;
Pero la conclusion y paraderos
Podreis ver en los cantos venideros.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo micer Ambrosio volvió, con la gente que recogió en la ciudad de Coro, al pueblo que dejó poblado en el Maracaibo, y de la entrada que hizo por aquella vía.

Muchas veces el hombre con prudencia
Desastres venideros asegura,
Y muchas con tener gran advertencia
Y buscar su sazón y coyuntura,
Le vale poco buena diligencia
Por no tener propicia la ventura;
La cual cuando derrama sus regalos
Suele quitar de buenos para malos.

Porque con hombres, que razón repuna
Que ballen para bien lugar abierto,
Usa magnificencias la fortuna,
Sin consideración y sin concierto;
Y suele la virtud estar ayuna
Sin que pueda gozar descanso cierto:
Y así de sus antojos hace leyes,
Eso me da con bajos que con reyes.

A Próculo dotó de gran imperio,
A Mauricio y á Tito Corumcano,
Y de pastor de vacas á Galerio
Para subir á él le dió la mano;
Puso también en grande vituperio
A Policrates y á Valeriano,
Con muchos otros mas, cuya subida
Fué grande, mas menor que su caída.

Lo cual suele hacer por estos senos
De Indias y de sus descubrimientos,
Do vimos abatidos muchos buenos
Y encaramados bajos pensamientos;
Aunque experiencia muestra que los menos
Salieron dellos ricos y contentos,
Como micer Ambrosio, cuya historia
A muchos que son vivos es notoria.

Los cuales dicen ser varón notable
En hechos y palabras que decía,
Solicitud, conversacion loable,
Vigilancia, viveza, valentía;
Mas no le fué fortuna favorable,
Pues dentro deste reino, do venía
Con amago de próspera ventura,
A la puerta le dió la sepultura.

Agora pues para la tal jornada,
La cual aquella gran sabiduría
Para otro tenía reservada,
Hizo juntar aquella compañía,
A hambres y trabajos tan usada,
Que ya no reelaba turbio día;
Y vino con pertrechos y recado
Al Maracaibo que dejó poblado.

Halló la gente del mal afligida,
De enfermedad y hambre fatigada,
Con grandísimo riesgo de la vida,
Y de socorro ver desesperada:
Regocijéronse con su venida,
Como quien la tenía deseada;
Y á su necesidad tan insufrible
Ambrosio socorrió con lo posible.